

Algo más que hijas del rapto

Anel Guerrero Rodríguez

Mi acercamiento al latín fue al inicio obsesivo. Recuerdo en específico un día estar repasando los casos, mi fijación con la gramática junto con mi impulso a desconfiar me tenía comprobando una y otra vez que en mis oraciones el objeto directo estuviera en acusativo y que sus adjetivos tuvieran las mismas desinencias, los pronombres me parecían el infierno y confundía *quem* con *quis*. Consulté entonces una duda a mi tutor y tras resolverla me dijo, un poco fastidiado por mi insistencia, que me olvidara por un momento de la gramática, que era más valioso adentrarme en los textos en latín.

Era algo lógico pero solo entonces me di cuenta de todo el sentido que tenía estudiar latín. Había pasado casi un mes estudiándolo como en automático, lo concebía aislado de cualquier otra cosa, como un conjunto de palabras que hacían oraciones, una especie de matemáticas en donde dos y dos siempre dan cuatro. Lo trataba, sin darme cuenta, como esa lengua de la que se burlaba Dante, como una lengua inventada.

Suena tonto, pero hasta entonces no había pensado, o al menos no con tal claridad, que el latín era una parte de la cultura latina. No debía estudiar latín para algún día leer a Cicerón y vivir con la satisfacción de haber leído a Cicerón en latín. Tenía que aprender a leer a Cicerón para descubrir qué dijo hace tanto tiempo que lo fijó como un referente para la cultura. El latín, igual que todas las lenguas, era solo el medio por el que se difundió la cultura, en este caso, la clásica. Si los grandes aportes a la humanidad hubieran estado en otra cultura, con otra lengua, ya estaríamos estudiando esa otra lengua y estaría yo olvidándome del latín. Pero claro, no es así. Fue ese el inicio de mi reflexión en torno a lo clásico y mi lugar (si es que tenía uno) en él.

El mundo clásico parece redondo, un ejemplo de ello es que el mito fundacional de Roma sitúa a dos hermanos fruto de una violación, amamantados por una prostituta y criados por un pastor. Ellos discuten el lugar donde fundarán su ciudad y el vencedor es Rómulo. Curiosamente, tras la fragmentación cultural del Imperio, que culmina en la decadencia y división del Imperio Romano el último emperador del Imperio de Occidente lleva por nombre Rómulo Augústulo, quien es sustituido por un monarca bárbaro, hecho con el que empieza la denominada Edad Oscura¹. Quizás esa apariencia cíclica nos lleva, por inercia, a suponer que de nuevo ese mundo inicia, que lo vivimos de vuelta, ahora.

¹ Cfr. Gilbert Highet, *La tradición clásica: influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, p. 17.

Siendo mexicana y viviendo en el siglo XXI nombrarme como descendiente de Roma me parece extraño. Por supuesto que gran parte del mundo es influenciado por Roma, pero no termino de entender si eso me hace su descendiente. Quizás esa duda tengo en común con el desplazado Eneas. Él no nació romano, su descendencia fundó Roma. Yo no nací romana, pero la lengua con la que delimito mi mundo es una derivación de la lengua latina, un mundo geográfica y cronológicamente ajeno a mí, que por alguna razón, al pensarlo, se aparece cercano. Borges resuelve esto situando a los sudamericanos como parte de la tradición occidental, argumenta que, pese a ser americanos, es posible escribir sobre lo europeo con naturalidad, que tal irreverencia puede tener «consecuencias afortunadas».²

Pero aceptarse parte de la tradición occidental no lleva necesariamente a obtener la paz que definirse con una identidad otorga. En realidad, surgen nuevas preguntas a partir de ello. La sensación de ser descendiente de Roma es distinta en un hombre y una mujer. Las madres de Roma son las Sabinas,³ reconciliadoras de su pasado, sus padres y hermanos; y de su futuro, sus esposos e hijos. Nombrarse descendiente de Roma para un hombre implica saberse el viajante Eneas, pero sucede que yo no soy Eneas. Para una mujer, y me duele el solo hecho de plantearlo, pero debo preguntármelo: ¿implica saberse robada? Y que ni por ser robada se pueda caer en una furia que tendría sentido, sino que, llevadas a la racionalidad de la que, paradójicamente, el mundo clásico insistió en alejarnos, debemos alentar la paz en una disputa que nunca alentamos.

De repente esta idea me asfixia y saberme hija de Venus no me consuela. La belleza no sirve tanto como la sabiduría, pero, para nuestra mala suerte,

² Jorge Luis Borges, «El escritor argentino y la tradición», p. 556.

³ La anécdota del episodio mitológico del rapto de las Sabinas refiere que por órdenes de Rómulo los romanos robaron a las mujeres de la tribu de los Sabinos, estas negociaron quedarse con la condición de no dedicarse a ninguna tarea doméstica. Tiempo después los sabinos fueron a declarar la guerra y las mujeres sopesaron que indiferentemente si ganaban romanos o sabinos ellas eran perjudicadas, por lo que alentarón la paz entre ambos pueblos.

Minerva se guardó virgen y nos privó de ser sus hijas. Ahora solo aspiramos, con desesperación, a un dejo de su estrategia. La pregunta es: ¿lo lograremos? No ser Venus, la única entre todos los dioses que quiere a Marte, sino Minerva, quien guarda la estrategia de la que carece su hermano. Ese es quizás un dejo de lo clásico que vive en mi inconsciente: pese a ser educada en la tradición cristiana, no puedo evitar concebir a las deidades grecorromanas como una especie de genealogía que explica mi existencia.

Esto no implica que debemos romper lazos con el mundo clásico o despreciar a Venus. No creo en las rupturas sino en las transformaciones. Creo en la transformación de significado de ese ciclo que nos conecta al pasado clásico, que igual que el latín se transformó en otras lenguas, las hijas de las Sabinas sabremos ser algo más que las robadas, quizás, porque desde el inicio ellas se negaron a ser solo eso, robadas. Negociaron con los romanos y el tejido quedó acordado como su única tarea. Aunque minúsculo, ahora lo veo, el tejido implica la construcción de una estructura que encamina a la humanidad a algo más. Entendiendo esto soy capaz de reconocer que si reconciliamos algo que nosotras no rompimos, es porque creemos en un futuro donde nuestras acciones no serán una negociación que responda a la voluntad de otros. Ni reaccionarias, ni incondicionalmente benevolentes, algún día fundaremos una Roma sin la mancha de la disputa.

Fuentes

Borges, Jorge Luis, «El escritor argentino y la tradición», en *Obras completas 1*, Sudamericana, Buenos Aires, 2016, pp. 550-557. Highet, Gilbert, *La tradición clásica: Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, tomo I, FCE, México D. F., 1954.